

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amad los unos a los otros como yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

Rosario, la cigarrera

La sorpresa de Rosario, cigarrera sevillana, al morir, no tuvo límites. En primer lugar, porque no pensaba morir, y, en segundo lugar, por el miedo que le acometió de tener que ser presentada a Juicio.

La sorpresa mayor fué, después de haber caminado millones de kilómetros, ver que el cielo no tenía puerta.

—Mira, Ángel de la Guarda. San Pedro se ha descuidado. Ahora mismo me cuelo yo, y punto concluío.

Pero se detuvo, porque San Pedro apareció en el umbral.

—¡San Pedro de mi alma! Déjame a mí pasar, que soy persona de confianza. Mira, el cielo me lo tengo ganaío; porque yo de mi Misa, yo de mi Comunión, yo de mi rezo, yo de mis limosnas, yo de mis hermandades, y yo también he defendío a la Santa Iglesia y a Jesucristo, a patás y a bocaos, como se ha podío. Porque yo, S. Pedro de mi alma, no he estudiado Pologética; pero el que se metía con Jesucristo, con su Madre, con su Iglesia, y con tó lo güeno, fuera en un tranvía, en plena calle, en la fábrica o donde fuera, le ponía dos pares e banderillas e fuego en el morro, y salía en el inte más amoscao y más corrió que una mona, juyendo de las carcajadas de la concurrencia. ¡Como que había que pará er tranvía pa jartarnos tos de reí, pa que no descarrilara! Mira, yo no pio un artá, ni un santuario ni na de eso. Yo lo que pio es un riconsito, con su sillón azú y mú cómodo, donde yo puea ve a Dios, uno y trino, y gozarlo, y a la Santísima Virgen, tan jermosísima como estará y tanto como yo la quiero, y a toos los santos, y ¡descansá! ¡San Pedro bendito! ¡descansáá! que trae uno los güesos molios.

Er Señor me tiene a mí que dispensá. Usté no sabe lo que es sé pobre, y las fatiguitas que se pasan, y que la manta no da pa más, y si se quié una tapá la nari, se destapa los pies, y si se quié cubrí er pecho le entra er frío po el espinazo. Y to er mundo a robá a una, que tiene una que dormir como las liebres, con un ojo cerrado y otro abierto. ¿Qué más Purgatorio que un verano en Seviya? Si sierras el balcón te cueces; si lo abres, te entra una ratera y se lleva toda la habitación en peso. Y luego, en

deje que vino la República tiro va, tiro viene, asustaita perdía, que, cuando llegaba una a su casa, encogía nna la respiración, a ve cuantos boquetes le habían abierto en er peyejo.!

Los ángeles entretanto se habían agolpado en la puerta, y estaban a carcajada limpia.

San Pedro, llamando a uno que asomaba sus rubias melenas, le dijo:

—Mira, sube al cielo empíreo, y dí a Nuestro Señor Jesucristo que venga a juzgar a una cigarrera de Sevilla, que trae alboratada la portería.

El camino luminoso de millones de kilómetros lo anduvo el ángel en un momento, y apareció Nuestro Señor Jesucristo, en toda su gloria, belleza y majestad deslumbradora.

—¡Ay, alabao sea el Señor! ¡Como Hijo de la Virgen! ¡Encandilaíta perdía! ¡Llévame contigo!

—No puede ser todavía. ¡Pedro, saca el libro!

El balance resultó favorable a Rosario. Sólo había en contra de ella, que arremetía con las puyas que tumbaban de espaldas. Faltas de caridad. El Ángel de la Guarda sonrió, el diablo se tiró de los pelos y salió con gran corajina.

—Rosario, tienes que ir al Purgatorio por doce días. Tienes pecados que te afean.

—No lo tienes que desí. Me voy yo. Estoy tan fea que tumbo. Tú de corona y yo de mantón; tú tan hermosísimo y yo con er peyejo arrugao. Necesito una compostura, porque no te pués presentá con este esperpento en la corte selestiá... Pero ahora me toca a mí pedí un favó, en nombre de la Virgen, mi madre. Las cigarreras no nos poemas está quietas ni en el Purgatorio. Yo sufriré lo mío, sin verte dose días y dorá a fuego. Señor, mejó que yo sabes cómo está aqueyo con la revolusión. Me tienes que da permiso para aparecerme a quienes yo quiera y repartí sustos, y verás buscá a los curas, comprá rosarios, pedí agua bendita y confesarse los revolucionarios, y lo que aprovecho los dose días...

—La Palagana y su hijo, que se van a mudá. Está mú triste.

—¿Qué le pasa?

—Unos lamentos mú jondos a las tres

e la madrugá. Han registrao la casa y las casas vesinas, y na.

Er Presidente de la Sociadá, que renuncia, y s' ha confesao. Los comunistas tiritando.

—¿Qué es eso?

—Unos gorpasos mú grandes a media noche. Tóos los individuos estuvieron toa una noche en la habitación, sin atreverse a salí. Están como atontaos. Eso no es cosa de este mundo. To esto desde que se murió Rosario. El niño de tres años disiendo que había visto unas llamas y a ella, según las señas. Y entre toa la vesindá le hemos costeadado tres misas, a ve si se la llevan a la gloria y nos pierde e vista. ¿Usté qué sabe er pánico?...

FR. CIRO

Corresponsales

Los deseamos, desde luego, en todas las poblaciones españolas y también de América.

Ello daría gran impulso a nuestra propaganda, suponiéndoles animados de nuestros mismos sentimientos, que son el mejor acicate en estas empresas, aparte de lo que pecuniariamente se estipulase para gastos y compensación de trabajo.

Estas ventajas, que apeteceamos en mayor escala, estamos disfrutándolas en los que ya algunos años vienen desempeñando el cargo de «corresponsal de RELIGION Y PATRIA» en varios pueblos de nuestra provincia.

Aumento de suscripciones, facilidad en los pagos, seguridad en las operaciones de esta administración, etc., etc.

Decíamos en uno de nuestros anteriores números que no podíamos servir directamente un sólo número, sinó paquetes de cinco ejemplares, lo menos, por ser así nuestro «concierto de franqueo»; pues bien, por medio de corresponsal esto pudiera arreglarse, yendo cada suscriptor a recogerlos de los que a nuestro representante le remitiésemos en paquetes o éste sirviéndolos a domicilio. Así lo vienen haciendo otros.

Quienes deseen corresponder a estas indicaciones, escribannos y en carta concretaremos más el asunto.

El Cristo de la Celda

La revista «Progreso Penitenciario», del cuerpo de prisiones, publica una cuartilla redactada por un recluso con motivo de la desaparición del pequeño Crucifijo que había en las celdas de la Cárcel Modelo, de Madrid, que dice así:

«Señor: No sé quién es usted; ignoro a quién debo dirigirme ahora, pero lo hago a quien sea, a quien deba oírme y escucharme.

En las celdas de la Cárcel Modelo, por lo menos en las comunes, ya no se ve aquel pequeño Crucifijo de antes; y fijese bien, todos le echan de menos.

Digo «todos» hasta los que en vida de libertad dudan de Cristo y aun le niegan, pero eso es «fuera»; aquí dentro...

Cuando un vicio, una debilidad o una idea convierte a un hombre en un número y siente cerrarse tras él la puerta de la celda, llora si es padre, bueno, débil o arrepentido, y sus ojos buscan el cielo a través de la alta reja, le tiembla en los labios el fervor de una oración y a no haber desaparecido la pequeña cruz, pondría en ella la angustiada esperanza de su mirar anhelante.

Las noches de la cárcel son eternas. Se ha hecho sobre ellas mucha literatura... por los que no han sufrido; por los que no saben ni oyeron nunca las cosas que de noche dicen las paredes estas, a esa hora en que, fantasmal, pasa por las galerías el alma de la cárcel. Es entonces cuando los ojos parecen ser puñales luminosos que rasgan las sombras densas de la celda buscando la pequeña cruz, mirándola envuelta en aureola de piedad. Y al regreso de la visita, cuando se acaba de ver al hijo sin besarle, el padre le da el beso por él al Crucifijo... créame, señor, he visto que parece sonreír la imagen.

Quien quiera que seáis, señor, disponed, que en la angustia, en el horror de la prisión, sea una gota de bálsamo la imagen de Aquel que todo lo perdonó por amor... ¡Todos le echan de menos...!»

Hasta aquí el comunicado del recluso. La piedad del pueblo español había dulcificado la amargura, colocando entre los encarcelados al Dios del Amor.

La impiedad de los tiempos ha quitado a Cristo de allí. Y lo reclaman, anhelosamente los mismos presos que en la vida de libertad dudaban de Cristo.

¿Por qué quitar a Cristo de las celdas de la cárcel?

Guizot, añade: «Para que la instrucción primaria sea verdaderamente buena y socialmente útil, ha de ser profundamente religiosa. Es menester que la educación popular sea dada y recibida en el seno de una atmósfera religiosa y que las impresiones y los hábitos religiosos la penetren por todas partes. En las escuelas primarias la influencia religiosa debe estar habitualmente presente. Si el sacerdote desconfía o se aísla del maestro, si el maestro se considera rival independiente y no auxiliar del sacerdote, el valor moral de la escuela está perdido, y la escuela próxima a convertirse en un peligro.» —(Memoires, tom. III).

El mismo se nos presentó en estas fiestas de Navidad.

«Niño grande», de aspecto simpático, ingenuo, y tan entusiasmado con sus versos, que, francamente, nos conquistó la voluntad, y ahí va el fruto de su trabajo:

VILLANCICOS

Venid, pastores.	Entre pajitas
Y adorad	Dicen que está;
Del Niño Dios	Pues no ha encontrado
La hermosa faz.	Dó reposar.

Son sus mejillas,	Dicen que viene
Cual del rosal,	A libertar
Tiernos capullos.	De las cadenas
Que abriendo están.	A los demás.

¿Algún pincel	Corred, pastores,
Podrá pintar	A visitar
De sus ojitos	Del Niño Dios
Terso cristal?	La hermosa faz.

José de la Roza López.

LA OLA NEGRA

La marcha de los tiempos permanece secreta para nosotros. Sin embargo, volvemos la vista atrás y nos instruimos y adquirimos confianza. La sociedad, como el mar, unas veces está tranquila y otras alborotada. Las aguas que un día, rugientes, se tragan una barca de pescadores, al día siguiente aparecen hermosas y serenas, reflejando el azul del cielo.

En España corren los cristianos un temporal deshecho. Más furioso los han corrido en otras naciones. Cierta día, un alcalde suprime el crucifijo de la escuela: otro alcalde aprisiona a un sacerdote por acompañar a un entierro; otro considera que el «Quijote» es poco láico, y lo prohíbe en las escuelas; otro impone multas a las señoras por el delito de llevar colgado del cuello un crucifijo; otro impide la peregrinación a un santuario.

Es un pequeño terremoto que echa abajo unas cuantas casas; es una ola maléfica que hace zozobrar algunas barquillas.

Nos sentimos heridos, pero las heridas se cicatrizan; nos sentimos encadenados pero las cadenas se rompen. La Divina Providencia no ha escatimado a los hombres el combate, la enfermedad y la miseria; mas la fe del cielo, nos salva y nos corona. Sin la fe, ni se salvan los pueblos ni los individuos. La Historia nos dice que todas las grandes épocas de la Humanidad han sido épocas de fe. La experiencia nos enseña que nuestro carácter declina el día que perdemos la fe. El comerciante incrédulo fía su paño con más confianza al creyente que al impío. El excéptico ríe del que entra en la Iglesia, pero le da la mano de mejor gana que al que blasfema.

Nacemos engendrados en la fe, venimos al mundo sellados por la mano de Dios; y nuestra decadencia principia así que intentamos borrar el sello divino. Nuestro corazón tiene ansia de fe. El pobre marinero, cuando advierte que el barco se hunde, pide socorro al cielo. Todos lo pedimos igualmente cuando nuestra vida se resquebraja y nos vemos abandonados de los hombres, Bajemos la cabeza y dejemos pasar la ola. Pronto se calmará la mar y lucirá el sol.

Lo que tengo ante los ojos alienta mi esperanza. Llego a este pueblo de Francia

después de dos años de ausencia, y observo que la fe ha crecido como los árboles. Más respeto a la creencia, mayor devoción. En este tiempo se han levantado dos templos, uno en la playa de Cap Bretón, otro allá enfrente, en la de Hossegord. En la patria de Voltaire se construyen iglesias. En la de Santa Teresa se queman. Se alzan en las encrucijadas de las carreteras estatuas del Sagrado Corazón de Jesús, sin que ninguna mano sacrílega intente derribarlas. Ayer he visto en la iglesia una muchedumbre que se acercaba al altar para recibir la comunión.

Hace siglo y medio, el que pretendía coger subía a la guillotina.

Con razón se dice que los días se suceden, pero no se parecen. Todavía después de aquellos aciagos han oscurecido el cielo algunas nubes. Dos gobernantes sectarios se obstinaron en herir la conciencia religiosa de su patria. Más ésta sopló sobre las nubes y volvió a lucir el sol.

La mujer francesa es quien ha logrado ahuyentar los espíritus malignos. Esta mujer francesa, tan calumniada por novelistas sórdidos, guarda en el fondo de su corazón el tesoro de la piedad cristiana.

A la mujer española le toca hacer lo mismo. Esperemos de ella la regeneración espiritual de nuestra nación.

Cuando los discípulos del Crucificado huían desbandados del lugar del suplicio, solamente las mujeres permanecieron, intrépidas, al pie de la cruz. Hoy que los católicos titubean o se esconden, las mujeres aparecen tranquilas, cruzan de su cuello el santo crucifijo, y se exponen impávidas a los insultos y a los brutales atentados de la barbarie imperante.

No hay que pedirles valor, pero sí prudencia. Que no se dejen engañar. Que no escuchen el reclamo melodioso de los que buscan su amparo para lograr ambiciones políticas y satisfacer mezquinos intereses personales.

Santas mujeres españolas, poned vuestros ojos en el cielo; no miréis a la tierra. Dejad que se hundan los tronos de barro. Salvad el trono de Dios.

Armando Palacio Valdés

Cap. Bretón--sur--Mer

UNA ANECDOTA DE MANZONI

Era un domingo del mes de Enero, uno de aquellos días en que el frío, el viento y la lluvia hacen tan desagradable tener que salir de casa.

Un amigo del ilustre Manzoni, el autor de «I Promesi Sposi» (Los novios), hallándose de paso en Milán, no quiso desperdiciar la ocasión de visitarle. Fué, pues, a verle después de mediodía y lo encontró de muy mal humor.

—¿Qué es lo que le aqueja a usted? —preguntó al noble anciano—. ¿Es tal vez el hermoso cielo de Lombardía lo que le pone tan malhumorado?

—No, señor—respondió Manzoni—; son estas benditas mujeres de mi familia las que tienen la culpa. Figúrese usted que se han empeñado en que no fuera hoy a misa, y a fe que lo han conseguido.

—Hicieron muy bien la señora y las señoritas. El salir a la calle con un

tiempo tan endiablado le hubiera dado a usted una pulmonía.

—Pues yo sostengo que han hecho mal, y se lo voy a probar. Suponga usted que yo hubiese obtenido un premio de mil libras a la lotería y que para cobrarlo hubiese tenido que ir yo mismo precisamente esta mañana al Despacho Central. ¿Cree usted que la señora y las señoritas por causa del mal tiempo se hubieran conformado en perder el premio, no dejándome salir de casa?

El amigo no supo qué responder a tal argumento.

Y nosotros se lo proponemos a aquellas personas que por fútiles motivos se dispensan de no oír misa los domingos y demás días de precepto.

CHARLA

«La mujer hace al hombre».

—¿Qué me cuentas, Manolo?

—¡Nada!

—¿Ni esperanzas de arreglo siquiera?

—Ni eso. Vamos de mal en peor.

—¿Qué va a ser de nosotros, Dios mío?

—La desesperación... La muerte...

—¡No!... ¡No!... Confíemos en el que todo lo puede.

—¡El odio y el crimen lo dominan todo. Con esto no puede ni Dios!...

—¡Calla, Manolo, no blasfemes!... Te ciega lo negro de la situación, lo comprendo, pero no blasfemes.

—Valdría más ser un criminal, liarse la manta a la cabeza y caiga el que caiga.

—Te tengo miedo. Antes no eras así.

—¡Antes!...

—Sí, antes, cuando tú aún en las si-

tuaciones difíciles que sabes las tuvimos como las tienen todos, discurrías con más aplomo y no blasfemabas; antes, cuando había en casa paz cristiana y no había esos periódicos que ahora entran aquí, ni tenías tú esos amigotes que te vuelven loco, ni conocías esas sociedades que tanto os quieren redimir y que nos hunden.

—Ocho meses sin coger la herramienta; primero, porque a nuestra directiva se le antojó lanzarnos a la huelga ante el atropello (que no fué tal atropello) de un obrero despedido, luego nos lió en otra revolucionaria para el negocio de algunos políticos, y ahora porque no se nos deja tampoco trabajar donde lo hay, por la aplastante razón del «porque nó», y porque si nos rebelamos nos va en ello la vida. ¿No nos parecemos al ganado manejado por tratantes?

—Sí, al ganado que va al matadero. Y, dime, ¿son muchos los que viendo esto protestan?

—Lo ven todos, pero no protesta ninguno; el miedo se impone.

—Vamos, ya; el sabido cuento de los gallegos; ciento huyendo de dos.

—Verdad es que nuestra sociedad nos ha conseguido algunas ventajas económicas, pero tanto y tanto han venido abusando de su poder, que estas casi han desaparecido.

—Casi, nó; han desaparecido totalmente, y sino, vamos a cuentas aquí en tu casa. Cuando trabajabas, es verdad que te explotaban en horas de tarea y en lo pequeño del jornal. Vino la sociedad y redujo las horas y aumentó el jornal, pero estas mejoras duraron poco; más peticiones, huelgas, suscripciones por eso que llamais solidaridad y para periódicos que mejor fuera no existiesen; después el cierre de la in-

dustria, aburrido el amo de tanto abuso; hay que ponerse en todos los terrenos, y ahora «comiéndonos los codos y sin libertad para trabajar donde lo haya y empeñando todo lo de casa para ir tirando...»

—¿Queda algo todavía?...

—Sólo la vergüenza.

—Que debiéramos empeñarla también.

—No hay quien la quiera.

—A veces me dan tentaciones de coger un revólver y lanzarme al atraco. Es una profesión hoy muy lucrativa.

—Eso nunca. Dios prohíbe el robo y tú y yo aún conservamos las enseñanzas cristianas de nuestros padres.

—Aquí tienes una prueba de que no las he olvidado a pesar de los disparates que alguna que otra vez se me escapan por las cosas que se ven y se oyen. No pensaba decírtelo porque... me da mucha vergüenza, pero te lo diré. Trabajo no puedo pedirlo porque los de la sociedad me llamarían esquiro, y esto ya tú sabes hoy lo que compromete; trabajar es delito para ellos, que todas sus necesidades tienen cubiertas...

—Y con automóvil.

—Pues como trabajar no puede ser y así no podemos seguir, que ya lo hemos empeñado todo y la negra está encima...

—¡Acaba, hombre, acaba, que me tienes impaciente!

—Pues... como te iba diciendo, me arriesgué a pedir limosna por donde no me conocieran. ¡Qué calvario! En unas casas me cerraban bruscamente la puerta, tomándome sin duda por un ladrón; en otras me contestaban: Peor estamos nosotros. Yo pedía por «amor de Dios», que es lo que más ablanda los corazones y, sí, todavía existen al-

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(32)

¡PHS!...

—¿Quién me llama? Usted no es.

—Sí; yo soy—respondió éste inclinándose más. Soy yo, Pedro Luis.

Ella se incorporó con trabajo y cogiéndolo por los hombros le miró ansiosamente, diciendo:

—Sí; es tu voz.

Y moviendo tristemente la cabeza, añadió: ¡Pobre Pedro Luis, tú también has sufrido!

—¿Yo también?—dijo él sosteniéndola en sus brazos, pues sin este apoyo ella hubiera vuelto a caer sobre el lecho. ¿Yo también... luego tú has sufrido?

—¡Muchol!—murmuró ella débilmente.—Aquél día me mataste... mi vida ya no fué mi vida... ¿Por qué no volviste?

El bajó la cabeza.

—No te sinceraste...—balbuceó.

—¿Qué te iba a decir?—exclamó ella con un resto de energía que se veía era el último resplandor de la luz próxima a extinguirse. ¿Que el que creías tu amigo me perseguía, queriendo perderme? Hubieras querido matarle y te hubiera matado él a tí...

—¿El te perseguía?

María Luisa hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Pedro Luis sintió un desgarramiento interior dolorosísimo; su vida truncada, su felicidad deshecha, se rebelaron en su alma, y buscando la causa de aquella tragedia íntima, se encontró solamente una sílaba, una exclamación despectiva: ¡Phs!...

Aquella sílaba había envenenado su alma, como María Luisa dijera muy bien.

Y al caer la venda de sus ojos, al querer recobrar su felicidad, porque aún podía aquella mujer hacer su dicha, la muerte se aparecía ante él, ante el médico famoso...

—¡Oh, yo venceré a esa enemiga implacable—se dijo con extravío.

Y dejando delicadamente aquel cuerpo ya casi inerte, sobre la cama, procedió a un minucioso reconocimiento.

Y a medida que esto avanzaba, un sudor frío brotaba de su frente y una angustia horrible oprimía su corazón.

El sufrimiento había destruído aquella naturaleza... el corazón, herido de muerte, apenas funcionaba ya... Esta esperaba su presa y eran inútiles todos los recursos de la ciencia para dar un latido más a aquel órgano casi paralizado. Lágrimas de impotencia, de desesperación, surcaron su rostro. Unadejellas cayó sobre la frente de la moribunda, que volvió a abrir los ojos, diciendo con débil voz como un suspiro:

—No llores... Hay otra vida... piensa en ella... yo te espero pidiendo por tí.

—Sí, sí, espérame... Creeré en esa vida; sinó la muerte sería monstruosa.

María Luisa sonrió dulcemente; aquella sonrisa volvió a su rostro un reflejo de su pasada belleza.

—Señor doctor, aquí está el padre capellán—dijo detrás de Pedro Luis la voz de la religiosa.

El médico se volvió, y por primera vez, en el tiempo que visitaba el Hospital, se inclinó con respeto ante el ministro del Señor.

Y a una seña de la Hermana se retiró con ella, dejando a la enferma en manos del sacerdote.

Todos los vecinos contemplaron con asombro el magnífico entierro que salía del Hospital General; la carroza estufa a la que seguía un coche de duelo ocupado por el capellán y el médico de la sala n.º...

Al regresar del sepelio éste dijo a aquél:

—Hemos dado tierra a una santa, ¿quiere usted oír ahora a un pecador?

El capellán se inclinó en señal de asentimiento. La confesión del médico fué larga y dolorosa. Cuando le hubo absuelto, el sacerdote le estrechó en sus brazos.

—Ahora a merecer la vida que no acaba—le dijo bondadosamente—. La vida ante la que no se estrella la ciencia: la vida verdadera, la vida eterna.

Julia García Herreros.

mas buenas, caritativas en el mundo... ¡Tomal Cinco céntimos aquí y diez allí, reuní dos pesetas y treinta céntimos.

—¡Pobre esposo mío, cuánto habrás sufrido!

—¡No! Pensába en tí y en nuestro Pepito.

—Pues mira, Manolo, no fuiste solo a pensar y obrar así. Yo también he salido por esos barrios a lo mismo, no sin antes ir a pedirle protección al Santo Cristo de la parroquia, y mira lo que me han dado: ¡ocho pesetas entre unas casas y otras! Por cierto que en una de ellas salieron unos niños y me entregaron dos pesetas, y preguntándome si tenía algún niño pequeño como ellos, al responderles que sí, me entregaron estos dulces y este juguete para él y me dijeron que volviese más veces y que llevase a Pepito el jueves, que es el santo de uno de ellos. No contaba decirte

nada de esto, pero tú me abriste camino... ¡Lloras!

—Tú y yo con buena salud, con buena voluntad y dispuestos para el trabajo y, habiéndolo, ¡tener que pedir limosna!...

—Confíemos en Dios, El nos ayudará como ayuda a todos los que sinceramente le invocan y castiga a los que le ofenden y desprecian.

—Solo tú sabes infundirme ánimos. ¡Qué mujer tengo!

Cédulas

En «El Sol» se dió una noticia, consultando qué clase de cédula han de pagar las Hermanas de la Caridad etc.

¿Que qué clase de cédula han de pagar? La más cara, hombre; eso no se pregunta. ¿O no sabe cuánto *ganan* las monjas en los hospitales, asilos etc.?

Más que un diputado de la Esquerra que sólo cobra 386 pesetas por día; más que un diputado socialista, con 214 pesetas cada día; y, desde luego, más que Pérez de Ayala con sus 123 durejos diarios.

Las monjas que sirven en asilos, hospitales etc., trabajando sólo 24 horas diarias, cobran una peseta, o una cincuenta.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

- Sr. D. F. F. D.—Luarca.—1932.
- Sr. D. M. P. A.—Madrid.—1933.
- Sr. D. F. G.—Pola de Lena.—1933.
- Sr. D. M. S. H.—S. Juan de Nieva.—Fin 1933.
- Sr. D. G. P.—Armeses.—1932.
- Sr. D. B. H.—Cariñena.—1933.
- E. de la C.—Uncastillo.—1933.
- Sr. D. R. S.—Laviana.—1932 y donativo.
- S. de P.—Mieres.—Fin 1932.
- Sr. D. J. R. S.—Llanes.—Fin Julio 1933.
- 5 pesetas, donativo de una joven modista de esta localidad.
- Sra. D.^a M. L. A.—Valladolid.—1933.
- Sr. D. J. I.—Madrid.—1933.
- Sr. D. M. J.—Uncastillo.—Fin Junio 1933.
- 5 pesetas, donativo de una señora de Gijón, a quien debe muchos favores nuestra propaganda.
- Sra. D.^a P. S.—Sos.—Fin 1932.
- Sr. D. F. G. R.—Madrid.—1932.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA

Pí y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia.

Compra de oro, platino y brillantes
Pago todo su valor.

LA

Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

"ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.^a)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

OBRAS TEATRALES

(De propaganda social)

- El Anarquista..... 1 peseta.
- Mitin socialista..... 1 >
- Jauja..... 1 >
- El Señorito..... 1 >
- El Requeté..... 1 >

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30-31-32, a 4 pts. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1876

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Prestitos :: Empré :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ -:- GIJON

TOS

Una terna bien caliente corta la tos, sarpas, gripes, etc.



En todas las farmacias y Ronda Universidad, 6 Barcelona

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON

C. Teléfono 2934

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corrida, 63 — Teléf. 490. GIJÓN